

Homilía del 7 de septiembre de 2014
La Iglesia: Una Madre de Corazón Abierto

Todas nuestras lecturas de la Escritura de hoy se tratan del pecado y su corrección. Dios le dice al profeta Ezequiel lo que él debe advertirle a su gente acerca de sus pecados, diciéndoles que ellos deben acudir a Dios aún desde su maldad personal. Jesús les dice a sus discípulos en que manera deben hablarle a los que los hieren u ofenden. Nuestra segunda lectura, la carta de San Pablo a la Iglesia en Roma, llega al fondo del asunto:

Hermanos:

No tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo,
porque el que ama al prójimo, ha cumplido toda la ley.
. . . cumplir perfectamente la ley consiste en amar.

Dentro este año, la *EXHORTACIÓN APOSTÓLICA, ALEGRÍA DEL EVANGELIO DEL SANTO PADRE FRANCISCO*, fue publicada. Es una obra maravillosa, y creo que la EXHORTACIÓN nos dice que tipo de gente deben ser, que tipo de Iglesia nosotros debemos ser. Por lo tanto esta noche lo que estoy diciendo no son mis palabras. Voy a leer un pasaje de la exhortación del Papa Francisco. Él nos dice que nosotros, la Iglesia, debemos salir al mundo y estar abiertos y debemos dar la bienvenida a todos.

*La Iglesia «en salida» [Papa escribe] es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad.

La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. De ese modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. Esto vale sobre todo cuando se trata de ese sacramento que es «la puerta», el Bautismo. La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles. Estas convicciones también tienen consecuencias pastorales que estamos llamados a considerar con prudencia y audacia. A menudo nos comportamos como controladores de

Homilía del 7 de septiembre de 2014

La Iglesia: Una Madre de Corazón Abierto

la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas.

Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero ¿a quiénes debería privilegiar? Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados, a aquellos que «no tienen con qué recompensarte» (Lc 14,14). No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio», y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos.

Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: «¡Dadles vosotros de comer!» (Mc 6,37).

Ruego que todos nosotros pueden escuchar el aviso del profeta, la instrucción de Jesús, el comentario de san Pablo, y la exhortación de nuestro santo Padre, Papa Francisco. Si nosotros seríamos cristiano, si seríamos católico, debemos amar en espíritu y en verdad y mostrar nuestro amor en el manera en que vivimos.

* *EXHORTACIÓN APOSTÓLICA EVANGELIUM GAUDIUM* DEL SANTO PADRE FRANCISCO: *La Alegría del Evangelio*, # 46-49.